

## **ELEVAR LA MIRADA A DIOS**

### ***RAISE YOUR LOOK TO GOD***

Alexis GONZÁLEZ DE LEÓN, O.P.  
*Facultad de Teología San Esteban (Salamanca)*

**RESUMEN:** En las páginas de este artículo al autor aborda cuestiones sobre la vida, el mal, las consecuencias nefastas de la guerra y, por encima de todo, sobre el sentido cristiano de la libertad, la dignidad humana y la vida eterna. Para realizar este abordaje nos invita a elevar la mirada a Dios y, por tanto, propone la fe como vía para amar esta vida, y con ella a los hermanos. Y es que elevar la mirada significa reconocer que la fe es la respuesta libre al requerimiento del amor de Dios. Dios nos amó primero y espera una respuesta libre de adhesión a él. Solo desde una altura de miras (Dios) se puede reconocer la dignidad (altura) del ser humano.

**PALABRAS CLAVE:** Mirada, Libertad, Dignidad, Amor, Guerra, Esperanza.

**ABSTRACT:** In the pages of this article the author addresses questions about life, evil, the harmful consequences of war and, above all, the Christian meaning of freedom, human dignity and eternal life. In order to do so, he invites us to look up to God and therefore proposes faith as the way to love this life and with it our brothers and sisters. Raising our gaze means recognising that faith is the free response to the demand of God's love. God loved us first and

expects a free response of adherence to him. Only from a lofty view (God) can the dignity (loftiness) of the human being be recognised.

KEYWORDS: Look, Freedom, Dignity, Love, War, Hope.

## INTRODUCCIÓN

No podemos enfocar la visión del mundo y la realidad solo desde el sentimiento o las emociones. Tampoco se puede reducir a una visión objetiva y verificable por los sentidos que solo explican una parte del cómo evoluciona el mundo, el pensamiento; e incluyamos también la concepción que tenemos de Dios y su oferta de salvación; la cual no solo consiste en mirar obsesivamente nuestra condición humana pecadora. Hemos de convencernos de la gracia que Dios nos ofrece. La gracia como don, inesperado por el hombre; sin embargo, es un don entregado constantemente mediante su Hijo Jesucristo, que nos hace partícipes de su divinidad.

En ocasiones resulta pertinente elevar la mirada. Elevarla con la clara conciencia de que al amanecer la luz del sol no te hará daño, ni la luz de la luna al anochecer. Son las palabras del Salmo 120 que nos invita a elevar los ojos a los montes. En esos haces de luz se nos muestra la verdad del ser humano y la bondad de Dios. También se nos muestra que el auxilio, en tiempos de inseguridad, nos viene del Señor:

Tal vez los montes cumplan la misión de hacer que, quien los admira, levante la mirada y pueda ver lo que se encuentra por encima de ellos, en el cielo: El Dios que los creó. Él es el creador de todo (cielo y tierra es una expresión que pretende abarcar todas las realidades creadas).<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> José BORTONI, *Conocer y rezar los salmos...*, 121-122.

El monte, en la literatura judía, era el lugar sagrado de encuentro con Dios. Allí donde el hombre puede elevar su mirada, salir de su egocentrismo, de su pequeña visión de la realidad y el mundo y, en diálogo con Dios, comprender que existe un gran universo de salvación.

La elevación de la mirada supone salirse del egoísmo, de la incredulidad y de la indiferencia. También consiste en trascender la conciencia de pecado que hemos arrastrado durante siglos; aunque no podemos dejar de mirar hacia el mal que nos vuelve inhumanos. San Pablo en su carta a los Romanos nos indica dos cuestiones sobre el pecado y la gracia: 1. “No hay proporción entre el delito y el don”. 2. “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”. En Jesucristo hemos sido reconciliados con Dios y con el mundo (Rm 5, 17-18).

Si elevamos también nuestra mirada bíblica al Antiguo Testamento, encontramos en el libro del Deuteronomio: “el mandamiento está muy dentro de ti: en tu corazón y en tu boca” (Dt 30, 14). Contemplar esta cita del pensamiento judío y su ley requiere que elevemos la mirada también lejos de las superficialidades y materialismos, y reconozcamos una estrecha interrelación entre Dios y la libertad humana. Sin embargo, el mismo libro de la Biblia nos dice que la vida depende de nuestra elección:

Mira, hoy pongo delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal. Pues yo te mando hoy amar al Señor, tu Dios, seguir sus caminos, observar sus preceptos, mandatos y decretos, y así vivirás y crecerás y el Señor, tu Dios, te bendecirá en la tierra donde vas a entrar para poseerla (Dt. 30, 15-16).<sup>2</sup>

Si todo depende de nuestra elección y libertad para vivir en este mundo ¿cómo explicar el mal inherente a las guerras?

---

<sup>2</sup> Cf. Si 15, 11-20: “Ante los hombres está la vida y la muerte, y a cada uno se le dará lo que prefiera”.

El hombre es también capaz de utilizar a Dios para hacer el mal. El Concilio, en su constitución pastoral *Gaudium et spes*, nos dice:

Es esto lo que explica la división íntima del hombre. Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía, el hombre se nota incapaz de domeñar con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como ahrojado entre cadenas. Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo (cf. Jn 12, 31), que le retenía en la esclavitud del pecado. El pecado rebaja al hombre, impidiéndole lograr su propia plenitud (G.S. n. 13, 2).

Vivir la vida sin Dios y sin criterios normativos, a menudo conduce al hombre a deificarse y, así, pervierte su propia libertad, adultera la vida, niega la dignidad humana y se limita dramáticamente en su capacidad de amar y valorar a su prójimo; también a esta tierra, que no respeta, aunque sea creación de Dios.

Hace unos años, a mitad de la década de los 90, un profesor en una conversación privada, al contarle mis problemas, me decía: “a veces los árboles no nos dejan ver la grandeza del bosque. Para contemplarlo en su inmensidad, hay que elevarse hacia lo alto, para saber apreciar su belleza y la vida que otorga”.

En estas páginas queremos tratar cuestiones sobre la vida, el mal existente en las acciones del hombre, las consecuencias nefastas de la guerra, y cuál es el sentido cristiano de la libertad, la dignidad humana, y la vida eterna.

Te invito a elevar la mirada a Dios. Y elevarla sobre todo desde la fe. Porque es así como podemos amar esta vida, y con ella a los hermanos. Te invito a refrescar la memoria eucarística con el Prefacio IV que recoge las siguientes afirmaciones sobre el hombre:

Y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste tu mano a

todos, para que te encuentre el que te busca”; “Reiteraste, además tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de la salvación. Y tanto amaste al mundo, Padre santo, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo”; “Acuérdate también de los que murieron en la paz de Cristo y de todos los difuntos, cuya fe solo tu conociste.”<sup>3</sup>

## 1.- FISONOMÍA DE LA MIRADA INTERIOR

### 1.1.- *¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él?*

En la Biblia, el libro de los Salmos, recoge la pregunta de este título. Se trata del salmo 8, que en su alabanza canta la grandeza de Dios, porque al contemplar la creación el salmista se siente admirado. ¿Cuál es el motivo de tal admiración? Lo expresa en una relación dialógica entre el hombre y Dios:

Este salmo muestra al ser humano como el punto más elevado de la creación. En oposición a los arrogantes, encontramos a los pobres y sencillos que descubren y aceptan su puesto como criaturas y, al mismo tiempo alaban a Dios creador por encima de lo que pueden expresar las palabras humanas. Al hombre se le da el poder participado que lo convierte en señor de las cosas creadas. En palabras de San Pablo: “Dios elige lo que es locura para el mundo con la intención de confundir a los que se consideran sabios” (1Cor 1, 27-28).<sup>4</sup>

El salmo habla que Dios visita al hombre al que le ha transferido la participación del poder regir la tierra. Sin embargo, entre Dios y el hombre nace un conflicto: Dios deja al hombre libre, sin coacciones, para que busque a Dios, y sea accesible al diálogo eterno.

---

<sup>3</sup> José Antonio MARTÍNEZ PUCHE (ed.), *Misal Dominicano II...*, 574-581.

<sup>4</sup> José BORTONI, *Conocer y rezar los salmos...*, 54-58

Pero ese diálogo sufrió una ruptura debido al pecado original. Pablo VI lo dice en su encíclica *Ecclesiam Suam*:

El coloquio paterno y santo, interrumpido entre Dios y el hombre a causa del pecado original, ha sido maravillosamente reanudado en el curso de la historia. La historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación. Es en esta conversación de Cristo entre los hombres donde Dios da a entender algo de Sí mismo, el misterio de su vida, unicísima en la esencia, trinitaria en las Personas, donde dice, en definitiva, cómo quiere ser conocido: amor es Él, y como quiere ser honrado y servido: amor es nuestro mandamiento supremo.<sup>5</sup>

Mientras este salmo descubre que, elevando la mirada al cielo, allí donde habita Dios, se puede descubrir las maravillas de la creación y de la vida, no siempre sucede lo mismo cuando miramos a nuestros prójimos, o el sujeto de nuestra mirada es mi yo personal y existencial. En esa mirada intervienen sentimientos egoístas, idólatras del yo, comparaciones interminables que destruyen cualquier diálogo y encuentro pacífico con el otro, así como deseos velados que por vergüenza ocultamos.

### *1.2.-La distorsión de la mirada*

No cabe duda, que cuando hablamos de nuestras formas de vida, de nuestra comprensión del bien y del mal, de la concepción que tenemos de Dios, de nuestra propia identidad, de nuestro presente y nuestro futuro está condicionado por la mirada que dirigimos a nuestra persona, y que los otros condicionan nuestra manera de ser, nuestra libertad, e incluso nuestra fe.

Sartre, escribe en 1944 una obra teatral titulada *Huis Clos* (A puerta cerrada). En ella describe a tres personajes que fueron

---

<sup>5</sup> *Ecclesiam Suam*, n. 35.

condenadas a vivir en el infierno por toda la eternidad. Su castigo era establecer relaciones entre ellos, sus miradas serían una especie de condena y el otro que mira y contempla se convertiría en el verdugo que ejecuta la sentencia a través de la mirada. En realidad, son tres personas egoístas y manipuladoras que comparten la muerte por la eternidad, los vicios, los deseos, y remordimientos que están congelados para siempre, sin posibilidad alguna de superación, mejoría o redención. Estos personajes han hecho depender su propia identidad y el sentido de su existencia de la mirada del otro que juzga. Piensan que a través de su mirada pueden adquirir su propia identidad, o una nueva existencia.<sup>6</sup> Aunque lo que ocurre realmente es la imposibilidad de la comunicación:

Los encuentros narrados por Sartre dan cuenta de motivos psicológicos que impiden una relación neutral con el otro; cada cual ve en el otro lo que espera ver y, aún en la diferencia, continúan haciéndose presentes, como proyecciones, las ideas afinadas en el yo. Pero más anclarse centrípetamente en su ipseidad, quedándose encerrado en sí mismo, incapaz de apertura plena. La relación frente al otro, la desconfianza que su presencia me genera, pero a la vez su recurrencia ineludible, su permanente estar ahí, exige adoptar maneras que contribuyan a un habitar pacífico.<sup>7</sup>

En este sentido el otro se tolera en tanto que yo pueda conservar la primacía de mi pensar y no traspase la frontera de mi interioridad. Mi interioridad será el límite de mi transparencia y revelación. Pueden aparecer círculos viciosos, en forma de triangulación, lo cual hace que por inercia surja la desconfianza en el contacto con el otro; el temor que impide una exposición plena desde la palabra y desde el gesto, hace reaparecer un silencio tenso y cortante.<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> Cf. Juan Carlos AGUIRRE GARCÍA, “El infierno son los otros...”, 225-236.

<sup>7</sup> Juan Carlos AGUIRRE GARCÍA, “El infierno son los otros...”, 227-228.

<sup>8</sup> Cf. Juan Carlos AGUIRRE GARCÍA, “El infierno son los otros...”, 228.

Al borde del paroxismo que genera el eterno devenir se revelan las más crudas verdades de las relaciones humanas: el intento de escapar de los otros, de todos, pero la constante certeza de que la puerta está cerrada por fuera; por tanto, la ineludible responsabilidad por el otro, pues ninguno de nosotros puede salvarse solo, tenemos que salir juntos del apuro.<sup>9</sup>

Las relaciones exigen reciprocidad, yo te desvelo quién soy, tú me desvelas quién eres. Estas relaciones nos conducen a la certeza de la presencia absoluta del otro. No estamos solos y juntos tenemos que hacernos más grato el momento. Sin embargo, frente al otro siento una profunda desconfianza, una incapacidad de compasión, el temor de que me haga sufrir. Tales sentimientos se exacerban cada vez que actúo o me expongo en la palabra. De alguna manera mientras revelo quien soy, voy quedando desnudo, y el otro jamás se mostrará plenamente. El juego de las ideas termina en que la sagacidad de la razón se convierte en la trampa que me impide el acceso al otro.

En el espacio en el que transcurren los diálogos que narra Sartre da cuenta de un estado cerrado, de una totalidad sin posibilidad del más allá, de una habitación cerrada por fuera. Cada uno de los tres personajes habla de mundos particulares, justifica sus historias, sus condenas, como si fueran el fruto de un transcurrir inevitable de la historia del cual no cabe culpa alguna. Los diálogos que se trenzan siempre apelan a tácticas conversacionales, más que al desnudamiento.<sup>10</sup>

### *1.3.- Una mirada cristiana*

De alguna manera vivimos en una sociedad de la sospecha, que vive de la prevención y la desconfianza, alejada de Dios, cuyo mun-

---

<sup>9</sup> Cf. Juan Carlos AGUIRRE GARCÍA, “El infierno son los otros...”, 228

<sup>10</sup> Cf. Juan Carlos AGUIRRE GARCÍA, “El infierno son los otros...”, 230

do se percibe inseguro, sin propuestas de futuro, y sin capacidad de una respuesta auténticamente humana que nos conduzca a la paz.

Cuando Pablo fue a Jerusalén, los apóstoles lo miraban con recelo, no se fiaban de él. Pero eso a Pablo no lo detuvo en su nuevo afán de predicar a Cristo resucitado. Caminaba con libertad y predicaba con valentía (Hch 9, 26-31).

El recelar es sospechar, desconfiar, vivir en una continua prevención. Normalmente surge en nuestro interior por alguna experiencia de sufrimiento y dolor. El encontrarnos con quien nos ha hecho daño, nos llena de desasosiego, de preocupación.

Un corazón desconfiado está falto de paz, y desconoce el espacio vital que se inicia tras una conversión auténtica. Del pensamiento de Sartre podemos deducir que *el infierno es la mirada del otro*. Y muchos dicen que en la mirada se detecta el interior de la persona, porque transmite un desencanto. El desencanto es el fracaso de las expectativas que tengo sobre un hermano.<sup>11</sup>

Lo más sensato es elevar la mirada hacia lo alto, mirar a Dios, y pedirle que ayude a mirar al otro con unos ojos de compasión y misericordia. No nos queda otra que amarnos a pesar de nuestras miserias. ¿Quién no ha mostrado sus miserias en esta vida? Por mucho que se oculten o se disimulen, todos vivimos intentando superarlas.

San Pablo, acerca del pecado y de la ley, recoge este pensamiento:

No entiendo mi pensamiento, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco. Pues sé que lo bueno no habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer está a mi alcance, pero hacer lo bueno, no. Pues no hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo. Y si lo que no deseo es precisamente lo que hago, no

---

<sup>11</sup> Cf. Adrew LLOYD SMITH, "La mirada sartriana...", 113-128

soy yo el que lo realiza, sino el pecado que habita en mí. Así, pues, descubro la siguiente ley: yo quiero hacer lo bueno, pero lo que está a mi alcance es hacer el mal. En efecto, según el hombre interior, me complazco en la ley de Dios; pero percibo en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi razón, y me hace prisionero de la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor! Así pues, yo mismo sirvo con la razón a la ley de Dios y con la carne a la ley del pecado” (Rm 7, 15-25).

San Juan en su primera carta, nos anima al amor verdadero, aquel que muestra una acogida del otro por el simple hecho de ser amado por Dios. Si nuestra conciencia no nos condena, entonces tenemos plena confianza ante Dios. Este fue su mandamiento, amar al otro para demostrarnos que amamos a Dios. Este ha de ser nuestro convencimiento. En el amor permanecemos en Dios (1 Jn 3, 18-24).

Jesús nos dice que nadie puede caminar solo, el sarmiento no da fruto por sí solo si no permanece en la vid, que es Cristo. En esta sociedad muchos caminan creyendo que no necesitan de nadie para vivir y progresar. Se creen autosuficientes. Pero vivir implica una interdependencia, el otro me revela la vida, y su experiencia como existencia me revela su fe. Nosotros manifestamos la fe en el Dios que nos ha salvado en Cristo resucitado. Ama para que la vida del resucitado se revele ante los demás (Jn 15, 1-8).

No podemos caer en la inercia del amor. Amar necesita de un estado permanente de conciencia. Lo que hago y muestro lo hago convencido de que el amor es un bien para mi hermano, y revela la intimidad de Dios.

#### *1.4.- Una mirada a la razón por la que vivir*

Una de las asignaturas pendientes de la existencia del hombre es la cuestión, siempre presente, sobre el sentido de la vida. Cuestión que el hombre posmoderno parece haber desterrado de su pensamiento.

Ante esta cuestión, siguiendo a Juan Jesús Cañete Olmedo, todos estamos de acuerdo en que los seres humanos necesitamos dar o encontrar un sentido a nuestra vida:

Necesitamos una causa por la que vivir, por la que estemos dispuestos a sacrificarnos, y, si se me permite, por la que morir. Somos felices solo si el sentido de nuestra existencia es algo más grande que nuestra propia felicidad.<sup>12</sup>

Según este autor, existe una situación del perenne buscador, eternamente insatisfecho. Un aspecto ligado íntimamente al sentido de la vida es el deseo de plenitud del corazón humano y que, sin embargo, nada parece colmarlo, por lo que siempre sentimos algo que nos falta:

En el fondo, seguimos negando la magnitud y profundidad de nuestro descontento, la satisfacción está más diluida de lo que queremos reconocer. Los artistas y pensadores que hablan más dramáticamente sobre esto parecen casos aislados, pero en realidad, son voces proféticas.<sup>13</sup>

Lo que te hace un ser humano es que quieras la alegría, el sentido de la vida, la satisfacción. Si decides que no existen, el corazón termina endureciéndose al cortar toda esperanza.<sup>14</sup>

Citando a San Agustín,<sup>15</sup> nuestro autor afirma que no estamos fundamentalmente moldeados por lo que creemos, pensamos o, incluso, lo que hacemos, sino por lo que amamos:

Tú eres lo que amas. Lo que sea que capture la confianza y el amor de tu corazón controla tus pensamientos, sentimientos y conducta.

---

<sup>12</sup> Juan Jesús CAÑETE OLMEDO, *¿Dios? En el ágora...*, 41.

<sup>13</sup> Juan Jesús CAÑETE OLMEDO, *¿Dios? En el ágora...*, 44.

<sup>14</sup> Cf. Juan Jesús CAÑETE OLMEDO, *¿Dios? En el ágora...*, 46.

<sup>15</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *Confesiones* XIII, 9.

Lo que el corazón ama y quiere más, la mente lo encuentra razonable, las emociones lo encuentran valioso y la voluntad lo encuentra factible. El descontento viene del desorden de nuestros afectos y amores.<sup>16</sup>

Nuestro autor afirma que solo el deseo de plenitud es una señal que apunta hacia Dios. Nuestra perenne insatisfacción evidencia que la caverna en nuestra alma es, sin duda, infinitamente profunda:

Solo el amor a Dios nunca puede ser arrebatado, y en la medida en que lo amas entonces las cosas comienzan a ordenarse. En vez de mirar las cosas del mundo como la fuente más profunda de tu contentamiento, puedes gozarlas por lo que son.<sup>17</sup>

Pero, ¿cuál es el mensaje que Cañete Olmedo quiere ofrecernos en este mundo en busca de sentido? El cristianismo es un camino que enseña a reordenar los afectos:

El mensaje no es ama menos, sino aprende a amar a Dios y amarás otras cosas con mucha más satisfacción. Amar a Dios más que a las cosas materiales incrementa las alegrías de la vida corriente, porque se ven como dones gratuitos del Padre.<sup>18</sup>

### *1.5.- La esperanza: virtud incómoda para el secularismo*

El estado afectivo esencial del hombre no es la angustia o la insatisfacción, sino la esperanza. Tenemos ilusiones y esperanza gracias a nuestro carácter de prever el futuro, mediante el cual anticipamos y proyectamos lo que va a venir. Perder la esperanza es un auténtico infierno. No podemos vivir sin esperanza. Todo depende de la manera en cómo abordar la esperanza.

---

<sup>16</sup> Juan Jesús CAÑETE OLMEDO, *¿Dios? En el ágora...*, 47.

<sup>17</sup> Juan Jesús CAÑETE OLMEDO, *¿Dios? En el ágora...*, 49.

<sup>18</sup> Juan Jesús CAÑETE OLMEDO, *¿Dios? En el ágora...*, 50.

Según, Cañete Olmedo, la esperanza tiene que ver con el acto de vencer la desesperación. El hombre puede dudar, pero también puede tener fe; puede desesperar, pero también puede tener esperanza. La esperanza es espera confiada. Espera y confianza son elementos básicos de la estructura antropológica del hombre.

En un camino que pasa del optimismo a la esperanza, nuestro autor nos habla de la confusión del secularista, que no distingue la esperanza del progreso, de la prosperidad, del crecimiento y del desarrollo. Es decir, la esperanza quedaría circunscrita a una visión optimista de la historia o de la vida. Sin embargo, este tipo de esperanza que necesitamos es algo más profundo.<sup>19</sup>

Para nuestro autor la alternativa al optimismo secularizado es la esperanza. El asombro, la confianza y la esperanza no pueden ser vencidas por la adversidad, para ello hay que pensar en algo o alguien permanente. El amor quiere durar, no quiere separarse de aquellos a los que se ama. El amor entre las personas es el corazón y la esencia de la esperanza cristiana. La esperanza cristiana radica en una relación. Venimos de un Dios trino, un Dios amor, y esto explicaría por qué las personas estamos hechas para amar y para que nos amen.<sup>20</sup>

Las experiencias de amor que tenemos en la vida siempre serán limitadas, siempre tendrán algo de insatisfactorio, están llenas de temores, miedos, frustraciones, pero todas ellas apuntan hacia esa meta definitiva hacia la que caminamos y que tiene que ver con el Amor con mayúscula. Pero hay algo que también es original, el anhelo que satisface el cristianismo es también el reconocimiento y el amor a toda la creación, no por algún mundo, sino por este mundo.<sup>21</sup>

---

<sup>19</sup> Cf. Juan Jesús CAÑETE OLMEDO, *¿Dios? En el ágora...*, 55.

<sup>20</sup> Cf. Juan Jesús CAÑETE OLMEDO, *¿Dios? En el ágora...*, 62-63.

<sup>21</sup> Cf. Juan Jesús CAÑETE OLMEDO, *¿Dios? En el ágora...*, 63.

El cristianismo saca a la luz lo que cada persona tiene en lo más profundo de su ser, un anhelo de plenitud, plenitud de todo el universo, plenitud de las personas, plenitud en las relaciones. La visión cristiana no solo explica el porqué de la esperanza, sino que la impulsa y la mantiene siempre viva.

La fe presupone una adhesión deliberada, un salto personal y subjetivo que permite flanquear los abismos de la duda. La fe no solo es cuestión de argumentos o de razón, la apertura a lo divino tiene que ver mucho con el corazón, con las circunstancias vividas, con las relaciones personales, teñidas de encuentros y desencuentros, con las luces y las sombras de la existencia, es decir, con todo aquello que entreteje la trama de la vida.<sup>22</sup>

## 2.- JESÚS: LA MIRADA DE LA MISERICORDIA

No podemos quedarnos de manera exclusiva anclados en una mirada empobrecida y reductora de la realidad del mundo, del ser humano y de Dios. De alguna manera, hemos de elevar la mirada un poco más allá de nuestra pequeñez y nuestras miserias; también de nuestra ocultación de la verdad.

Tres cosas convierten al hombre en humano: la justicia, la misericordia y la fidelidad (Mt 23, 23), y en medio de ellas se encuentra la misericordia, entendida como amor que brota de la entraña de Dios y se expresa en obras de justicia y fidelidad humanas. No es una simple virtud privada, sino la esencia entrañable de Dios, que se expresa en los nombres de su revelación (Ex 34, 6-7) y en las obras de su juicio final (dar de comer y beber, acoger al extranjero y al desnudo, cuidar al enfermo y encarcelado) según el Evangelio de Mateo 25, 31-46.<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> Juan Jesús CAÑETE OLMEDO, *¿Dios? En el ágora...*, 82.

<sup>23</sup> Xabier PIKAZA – José Antonio PAGOLA, *Entrañable Dios...*, 11.

Jesús es un profeta itinerante, oriundo de Galilea, que anuncia un acontecimiento, algo que está ocurriendo y que pide ser escuchado e invita a todos a compartir esta experiencia: Dios tratando de introducirse en la historia humana. Hay que cambiar, mirar y vivirlo todo de una manera diferente. El Evangelista Marcos lo testimonia: “El reino de Dios está cerca, convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1, 14). Fue el corazón de su mensaje y la pasión que animó toda su vida.

Lo sorprendente es que Jesús nunca explica lo que es el reino de Dios. Lo que hace es sugerir cómo actúa Dios y cómo sería el mundo si hubiera gente como él. Podemos decir que el reino de Dios es la vida tal como la quiere construir Dios. Jesús solo buscaba una cosa: que hubiera en la tierra hombres y mujeres que comenzaran a actuar como actúa Dios.<sup>24</sup>

### *2.1.- Dios y su mirada de compasión*

Jesús de Nazaret ha sido un hombre que ha vivido y comunicado una experiencia sana de Dios, sin desfigurarla con los miedos, ambiciones y fantasmas que, de ordinario se proyectan en las diversas religiones sobre la divinidad.

Para Jesús en Dios no existe indiferencia o lejanía, Dios no olvida a sus criaturas, ni está interesado por su honor, su gloria o sus derechos. No es un Dios legislador, que se expresa con ira por el pecado de sus hijos. La compasión es el modo de ser de Dios, su primera reacción ante las criaturas, su manera de ver la vida y mirar a las personas es lo que mueve toda su actuación. Es un Dios con misericordia entrañable. Dios siente hacia sus criaturas lo que una madre siente hacia el hijo que lleva en su vientre. Dios nos lleva en las entrañas.

---

<sup>24</sup> Xabier PIKAZA – José Antonio PAGOLA, *Entrañable Dios...*, 13.

Tuvo que ser extraño para los judíos, la primera vez que escucharon por boca de Jesús la parábola del Hijo pródigo, que muchos exégetas han rebautizado acertadamente como la parábola del Padre misericordioso. Dios siempre expresa su bondad y su amor. Dios no guarda para sí su herencia, la reparte; no anda obsesionado por la moralidad de sus hijos, que espera siempre a los perdidos, que estando todavía lejos ve a su hijo, se le conmueven las entrañas, echa a correr, lo abraza, lo besa efusivamente como una madre, interrumpe su confesión para ahorrarle más humillaciones y lo restaura en su dignidad acogiéndolo como hijo.

Esta experiencia de compasión de Dios fue el punto de partida de toda la actuación revolucionaria de Jesús y lo condujo a introducir en la historia de la humanidad un nuevo principio de actuación: la compasión. Para Jesús no era la santidad, o la pureza la que sostenía la mirada de Dios al hombre. Dios es grande y santo porque ama a todos sin excluir a nadie de su compasión: “Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6. 35).<sup>25</sup>

Jesús fue el primero en vivir totalmente desde la compasión de Dios. En la raíz de su actividad curadora e inspirando toda su actuación con los enfermos, está siempre presente su amor compasivo. Jesús se acerca a los que sufren, consuela su dolor, toca a los leprosos, libera a los poseídos por espíritus malignos, los rescata de la marginación y restaura su dignidad devolviéndolos a la convivencia. Lo que le mueve a Jesús es la compasión. Quiere que, desde ahora, estos enfermos experimenten ya en su propia carne la misericordia de Dios. Su misión era más terapéutica que moral o religiosa.

No es que no le preocupe el pecado sino que, para él, el pecado que más se opone a Dios es precisamente causar sufrimiento o tolerarlo con actitud indiferente.<sup>26</sup>

---

<sup>25</sup> Cf. Xabier PIKAZA – José Antonio PAGOLA, *Entrañable Dios...*, 16-17.

<sup>26</sup> Xabier PIKAZA – José Antonio PAGOLA, *Entrañable Dios...*, 18

En Jesús encontramos una actitud desafiante con la moral religiosa establecida de manera discriminatoria:

Él actuaba movido por la compasión de Dios. Aquellos amigos y amigas son hijos perdidos que no aciertan a retornar a Dios por el camino de la Ley.<sup>27</sup>

## *2.2.-La misericordia: mirada y lenguaje*

El lenguaje de la misericordia puede ser peligroso y ambiguo. Podemos tener sentimientos de compasión, y anclarnos solo en el corazón compasivo. La compasión no se reduce solo al sentimiento compasivo. Un corazón compasivo necesita de un acompañamiento de un compromiso práctico. Asimismo, puede quedarse en obras de misericordia en momentos puntuales sin abordar las causas concretas del sufrimiento del prójimo y las injusticias que padece. También puede anquilosarse en un sentimiento paternalista hacia las necesidades de algunos individuos sin reaccionar ante una sociedad inmisericorde.

En la misericordia hay un principio interno que está en el origen de nuestra actuación, que permanece siempre presente y activo en nosotros y que va configurando todo nuestro estilo de vivir. Es decir, se da una interiorización del sufrimiento ajeno, permito que se adentre en mis entrañas, en mi corazón, en mi ser entero, lo hago mío de alguna manera, siento dolor por el sufrimiento de mi prójimo. Solo así podemos llegar a una reacción, se convierte en punto de partida de un comportamiento activo y comprometido. Esa reacción se va concretando en actuaciones y compromisos diversos orientados a erradicar ese sufrimiento, o al menos, aliviarlo.

---

<sup>27</sup> Xabier PIKAZA – José Antonio PAGOLA, *Entrañable Dios...*, 19.

Esto es siempre lo primero y lo último en un seguidor de Jesús. Nada hay más importante. Tendremos que hacer muchas cosas a lo largo de la vida, pero la compasión ha de estar en el trasfondo de todo. La compasión ha de configurar todo lo que constituye nuestra vida: nuestra manera de mirar a las personas y de ver este mundo; nuestra manera de relacionarnos y de estar en la sociedad; nuestra manera de entender y de vivir la fe cristiana.<sup>28</sup>

### 2.3.- *La mirada de la Sabiduría*

El libro de la Sabiduría se inicia con una exhortación para amar la justicia. Éste es un libro cuyo autor es un judío conocedor de la tradición de su pueblo, pero también conoce el pensamiento griego. Cuando escribe este libro su intención fue la de compaginar ambas fuentes de conocimiento y vida: la experiencia religiosa y el discurso racional.

Se dirige en primer lugar a sus compatriotas judíos, cuya fidelidad al yahvismo estaba en peligro por el auge de la civilización alejandrina (escuelas filosóficas, religiones místicas, astrología, hermetismo, cultos populares) y también al mundo pagano, especialmente a los ambientes más sensibles a la problemática religiosa. Aunque en su composición se sirve de conceptos, categorías y términos de la filosofía platónica, del estoicismo y del epicureísmo para transmitir su mensaje, su principal fuente de inspiración es, sin duda alguna, el Antiguo Testamento: Ley, Profetas y Escritos. Es un sabio de Israel, cuyo pensamiento se nutre de la Escritura y cuya máxima preocupación es exhortar a la búsqueda de la sabiduría como camino para llegar a Dios.

Me permito transcribir dicha exhortación para amar la justicia que recoge su capítulo primero:

---

<sup>28</sup> Xabier PIKAZA – José Antonio PAGOLA, *Entrañable Dios...*, 21-22.

Amad la justicia, gobernantes de la tierra, pensad correctamente del Señor y buscadlo con sencillez de corazón. Porque se manifiesta a los que no le exigen pruebas y se revela a los que no desconfían de él. Los pensamientos retorcidos alejan de Dios y el poder, puesto a prueba, confunde a los necios. La sabiduría no entra en el alma perversa, ni habita en cuerpo sometido al pecado. Pues el espíritu educador y santo huye del engaño, se aleja de los pensamientos necios y es ahuyentado cuando llega la injusticia. La sabiduría es un espíritu amigo de los hombres que no deja impune al blasfemo: inspecciona las entrañas, vigila atentamente su corazón y cuanto dice la lengua. Pues el espíritu del Señor llena la tierra, todo lo abarca y conoce cada sonido. Por eso quien habla inicualemente no tiene escapatoria... La boca calumniadora da muerte al alma. No os procuréis la muerte con vuestra vida extraviada, ni os acarréis la perdición de vuestras manos. Porque Dios no ha hecho la muerte, ni se complace destruyendo a los vivos. Él todo lo creó para que subsistiera y las criaturas del mundo son saludables: no hay en ellas veneno de muerte, ni el abismo reina en la tierra. Porque la justicia es inmortal (Sab 1, 1-15).

Cuando contemplamos las precariedades de la vida, y la injusticia que provocan nuestras formas de vivir, palpamos la existencia de una sociedad que vive a espaldas de Dios. Muchos pensadores durante el siglo XX, queriendo formular las teorías de un ateísmo práctico, escribieron ensayos para probar la inexistencia de Dios; sin embargo, derivaron en sociedades absolutistas de un hombre deificado, sin comprender que generaban nuevas esclavitudes y opresiones que alejaban al hombre de su dignidad.

Las palabras fundamentales de este libro son precisamente estas:

El mundo entero es ante ti como un gramo en la balanza, como gota de rocío mañanero sobre la tierra. Pero te compadeces de todos, porque todo lo puedes y pasas por alto los pecados de los hombres para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste; pues, si odiaras algo, no lo habrías creado. ¿Cómo subsistiría algo, si tú no lo quisieras?, o ¿cómo se conservaría, si tú no lo hubieras llamado? Pero tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas, Señor, amigo de la vida (Sab 11, 22-26).

El poder infinito de Dios es la misericordia y amor. Siendo omnipotente, Dios se compadece de todos y los perdona por ser amigo de la vida. Por eso los corrige, no para vengarse o matarlos, sino para que se conviertan. No todo le es igual, no todo le es indiferente; él quiere y busca nuestra conversión porque tiene misericordia de todos. Dios toma en serio la vida de los hombres. Les concede dignidad y los considera capaces de cambiar, en una línea de misericordia que los hombres han de asumir y ratificar con sus obras de misericordia.<sup>29</sup>

### 3.- UNA MIRADA A LA DIGNIDAD HUMANA

En el mes de abril de 2024 ha salido a la luz un documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe, llevando por título *Dignitas infinita: sobre la dignidad humana*. Centrándonos en sus números 7 y 8, presenta una aclaración fundamental para evitar ambigüedades, multiplicidad de significados y, por tanto, evitar malos entendidos y contradicciones que nos lleven a preguntarnos si verdaderamente la igual dignidad de todos los seres humanos es reconocida, respetada, protegida y promovida en todas las circunstancias.

El documento presenta cuatro distinciones del concepto de dignidad: “dignidad ontológica”, “dignidad moral”, “dignidad social” y finalmente “dignidad existencial”.

El sentido más importante permanece en el vinculado a la “dignidad ontológica” que corresponde a la persona como tal por el mero hecho de existir y haber sido querida, creada, y amada por Dios. Esta dignidad no puede ser nunca eliminada y permanece válida más allá de toda circunstancia en la que puedan encontrarse los individuos. En cuanto a la “dignidad moral” se refiere

---

<sup>29</sup> Cf. Xabier PIKAZA – José Antonio PAGOLA, *Entrañable Dios...*, 41-43.

al ejercicio de la libertad por parte de cada criatura humana; la cual está dotada de conciencia y permanece siempre abierta a la posibilidad de actuar en contra de ella. Al hacerlo, el ser humano se comporta de un modo que no es digno de su naturaleza amada por Dios y la llamada a amar a los otros. La historia nos atestigua que el ejercicio de la libertad contra la ley del amor revelada por el Evangelio puede alcanzar cuotas incalculables de mal infligido a los otros. Cuando esto sucede nos encontramos ante personas que parecen haber perdido todo rastro de humanidad, todo rastro de dignidad. Así esta distinción nos ayuda a comprender que toda dignidad moral puede perderse y la dignidad ontológica nunca puede ser anulada.

¿A qué se refiere el documento con la distinción de “dignidad social” y “dignidad existencial”? Dice el documento que cuando hablamos de “dignidad social” nos referimos a las condiciones en las que vive una persona. Hay situaciones injustas y precarias de la vida en la que las personas se ven obligadas a vivir. Por otro lado, hoy se habla con frecuencia de una vida digna y de una vida indigna. Con la expresión “dignidad existencial” nos referimos a situaciones de tipo existencial: personas que, por diversas razones, aun no faltándole nada para vivir, se encuentran en la incapacidad de apreciar la vida con alegría, paz y esperanza. En otras situaciones es la presencia de enfermedades graves, de contextos familiares violentos, de ciertas adicciones y patologías y malestares lo que lleva a experimentar su propia condición de vida como indigna.

### *3.1.- Cristo eleva la dignidad del hombre*

Una segunda convicción procede del hecho de que la dignidad de la persona humana se reveló en su plenitud cuando el Padre envió a su Hijo, que asumió plenamente la dignidad humana. Así, al unirse en cierto modo a cada ser humano por su encarnación, Jesucristo confirmó que todo ser humano posee una dignidad inestimable, por el mero hecho de pertenecer a la misma comunidad humana y que tal dignidad no puede perderse jamás. Jesús aportó

la gran novedad del reconocimiento de la dignidad de toda persona y, sobre todo, de aquellas personas que eran calificadas como indignas. Este es el nuevo principio de la historia humana, por el que el ser humano es más digno de respeto y de amor cuanto más débil, miserable y sufriente es, hasta el punto de perder la figura humana y, que ha cambiado la faz del mundo abriéndose a iniciativas de asociación para defender la dignidad del ser humano en todas las circunstancias.

### *3.2.- Una mirada a la vocación plena de la dignidad*

Una tercera convicción se refiere al destino último del ser humano: tras la creación y la encarnación, la resurrección de Cristo nos revela un ulterior aspecto de la dignidad humana. En efecto, la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios, destinada a durar por siempre. De este modo, la dignidad de la vida humana no solo está ligada a sus orígenes, a su procedencia divina, sino también a su fin, a su destino de comunión con Dios en su conocimiento y amor. Así pues, la Revelación manifiesta la dignidad de la persona humana en toda su amplitud.

## 4.- LA GUERRA: UNA MIRADA DESTRUCTORA DE LA DIGNIDAD

No podemos ignorar que la Europa dormida y cansada, ha despertado a ritmo de las bombas y el peligro nuclear. Ucrania está siendo invadida en una guerra sin precedentes. Muchos países apoyan al país más débil, pero evitan verse contagiados por el afán bélico y provocador de Rusia. Participaciones diplomáticas, invitaciones al cese de la invasión, el rearme de Ucrania para su defensa, el establecimiento de las sanciones a largo plazo a una potencia mundial, la vuelta atrás hacia la Guerra Fría con los países asiáticos, son el escenario de occidente después del COVID-19.

El Papa Francisco denomina la situación bélica como un nuevo contagio, un nuevo virus impulsado por las decisiones y acciones humanas. Lo relata de este modo:

Al mismo tiempo, en el momento en que nos atrevimos a esperar que lo peor de la noche de la pandemia del COVID-19 había pasado, un nuevo y terrible desastre se abatió sobre la humanidad. Fuimos testigos del inicio de otro azote: una nueva guerra, en parte comparable a la del COVID-19, pero impulsada por decisiones humanas reprobables.<sup>30</sup>

El Papa Francisco señala que la guerra de Ucrania propaga la inseguridad de manera generalizada en todo el mundo, afectando a la economía de muchos países y, como efectos colaterales el acceso restringido de trigo y combustibles que procuran más sufrimiento a los países más pobres.

La guerra en Ucrania se cobra víctimas inocentes y propaga la inseguridad, no solo entre los directamente afectados, sino de forma generalizada e indiscriminada en todo el mundo; también afecta a quienes, incluso a miles de kilómetros de distancia, sufren sus efectos colaterales —basta pensar en la escasez de trigo y los precios del combustible—.<sup>31</sup>

Esta no es la era de la post-pandemia que esperábamos, ni siquiera se asomaba en nuestras previsiones o expectativas. El Papa Francisco habla de esta guerra, unidos a otros conflictos bélicos, como una derrota de la humanidad:

Ciertamente, esta no es la era post-COVID que esperábamos o preveíamos. De hecho, esta guerra, junto con los demás conflictos en todo el planeta, representa una derrota para la humanidad en su conjunto y no solo para las partes directamente implicadas. Aunque se ha encontrado una vacuna contra el COVID-19, aún no se han hallado soluciones eficaces para poner fin a la guerra.<sup>32</sup>

---

<sup>30</sup> FRANCISCO, *Nadie puede salvarse...*, n° 4.

<sup>31</sup> FRANCISCO, *Nadie puede salvarse...*, n° 4.

<sup>32</sup> FRANCISCO, *Nadie puede salvarse...*, n° 4.

El Papa Francisco, relaciona la pandemia con un virus más letal e inhumano, no generado por un organismo exterior, sino que proviene del corazón humano, donde el pecado ha corrompido el corazón:

En efecto, el virus de la guerra es más difícil de vencer que los que afectan al organismo, porque no procede del exterior, sino del interior del corazón humano, corrompido por el pecado (cf. Mc 7,17-23).<sup>33</sup>

El Papa se pregunta sobre nuestro papel en esta historia presente. Sea lo que sea que hagamos será mirando al bien común, adquiriendo un sentido comunitario de las decisiones, abierto a la fraternidad universal. Esta sociedad necesita de sanación, al igual que nuestro planeta, creando las bases para un mundo más justo y más pacífico:

¿Qué se nos pide, entonces, que hagamos? En primer lugar, dejarnos cambiar el corazón por la emergencia que hemos vivido, es decir, permitir que Dios transforme nuestros criterios habituales de interpretación del mundo y de la realidad a través de este momento histórico. Ya no podemos pensar solo en preservar el espacio de nuestros intereses personales o nacionales, sino que debemos concebirnos a la luz del bien común, con un sentido comunitario, es decir, como un “nosotros” abierto a la fraternidad universal.<sup>34</sup>

La solución no está en una autoprotección evolutiva, la solución pasa por un compromiso de sanación tanto de nuestra sociedad, como de nuestro planeta y el ser humano se involucre más responsablemente en la búsqueda del bien verdaderamente común:

No podemos buscar solo protegernos a nosotros mismos; es hora de que todos nos comprometamos con la sanación de nuestra sociedad y nuestro planeta, creando las bases para un mundo más justo y pacífico, que se involucre con seriedad en la búsqueda de un bien que sea verdaderamente común.<sup>35</sup>

---

<sup>33</sup> FRANCISCO, *Nadie puede salvarse...*, n° 4.

<sup>34</sup> FRANCISCO, *Nadie puede salvarse...*, n° 5.

<sup>35</sup> FRANCISCO, *Nadie puede salvarse...*, n° 5.

#### 4.1.- *El mal como ceguera moral*

Zygmunt Bauman y Leónidas Donskis nos permitirán reflexionar sobre el mal que nos conduce hacia una ceguera moral. Sus planteamientos están cargados de una verdad humanamente cruda, que nos conduce a las preguntas sobre si la guerra es un mal endémico.

El mal no se limita a la guerra o a las ideologías totalitarias. Hoy día se revela con mayor frecuencia en la ausencia de reacción ante el sufrimiento del otro, al negarse a comprender a los demás, en la insensibilidad y en los apartados de una silenciosa mirada ética.<sup>36</sup>

La destrucción de la vida de un extraño sin la menor duda de que cumples con tu deber y de que eres una persona moral, es la nueva forma de mal, la forma invisible de maldad en la modernidad líquida, junto a un Estado que se rinde o se entrega completamente a esa maldad que solo teme la incompetencia y quedar rezagado respecto a sus competidores, pero que ni por un momento duda de que las personas no son más que unidades estadísticas:

El mal es ineficaz y está ampliamente disperso. Desgraciadamente, la triste verdad es que habita en cada ser humano sano y normal. Lo peor no es el potencial para el mal, presente en cada uno de nosotros, sino las situaciones y las circunstancias que nuestra fe, nuestra cultura y nuestras relaciones humanas no pueden detener. El mal asume la máscara de la debilidad, y al mismo tiempo es la debilidad.<sup>37</sup>

Es la ceguera moral en una época que, más que otra cosa, necesita rapidez y agudeza en la aprehensión y las emociones. A fin de recuperar nuestra facultad perceptiva en tiempos oscuros, es necesario devolver la dignidad y también la idea de la esencial

---

<sup>36</sup> Zygmunt BAUMAN – Leónidas DONSKIS, *La ceguera moral...*, 19.

<sup>37</sup> Zygmunt BAUMAN – Leónidas DONSKIS, *La ceguera moral...*, 20.

inconmensurabilidad de los seres humanos, no solo a los grandes del mundo, sino también a los extras de la multitud, al individuo estadístico, a las unidades estadísticas, a la muchedumbre, al electorado, al hombre de la calle, a la gente común.<sup>38</sup>

Robar a los seres humanos sus rostros y su individualidad no constituye una forma de mal inferior a socavar su dignidad o buscar amenazas principalmente en los inmigrantes o quienes profesan diferentes creencias religiosas. Esta maldad no es superada por la corrección política ni por la tolerancia burocratizada, obligatoria, ni finalmente, por el multiculturalismo, que no consiste en dejar sola a la humanidad con todas sus injusticias y degradaciones, que adoptan la forma de nuevos sistemas de castas, contrastes de riqueza y prestigio, esclavitud moderna, *apartheid* social y jerarquías; todo ello justifica por la apelación a la diversidad y la singularidad cultural.<sup>39</sup>

Cuando desplegamos el concepto de insensibilidad moral para denotar un tipo de comportamiento cruel, inhumano y despiadado, o bien una postura ecuánime e indiferente adoptada y manifiesta hacia las pruebas y las tribulaciones de otras personas, utilizamos “insensibilidad” como una metáfora; su ubicación primordial reside en la esfera de los fenómenos anatómicos y fisiológicos de los que deriva; su significado primordial es la disfunción de algunos órganos de los sentidos, que deriva en una incapacidad para percibir estímulos que bajo condiciones “normales” evocaríamos imágenes, sonidos u otras impresiones.<sup>40</sup>

La insensibilidad moral inducida y artificial tiende a convertirse en una compulsión o “segunda naturaleza” –un estado permanente o casi universal–, mientras que el dolor moral es despojado

---

<sup>38</sup> Cf. Zygmunt BAUMAN – Leónidas DONSKIS, *La ceguera moral...*, 21.

<sup>39</sup> Cf. Zygmunt BAUMAN – Leónidas DONSKIS, *La ceguera moral...*, 20-21.

<sup>40</sup> Cf. Zygmunt BAUMAN – Leónidas DONSKIS, *La ceguera moral...*, 23.

de su saludable papel de advertencia, alerta y agente activador. Con el dolor moral asfixiado antes de que adquiriera una presencia realmente inquietante y enojosa, la red de vínculos humanos, tejida en el hilo moral, es cada vez más débil y frágil, sus costuras se descosen.<sup>41</sup>

El mal necesita ser demonizado mientras que los orígenes del bien (la gracia, la redención, la salvación) continúan siendo deificados, como ha ocurrido en todas las fes monoteístas. La figura del diablo representa la figura irreconciliable de la presencia del mal en el mundo tal como es experimentado y vivido junto con la figura de un Dios amoroso: un padre benévolo, compasivo y guardián de la humanidad, la fuente de todo lo bueno, premisa fundamental de todo monoteísmo.<sup>42</sup>

La rutinización de la violencia y el asesinato durante las guerras conduce a un estado en el que la gente deja de responder a los horrores de la guerra. Por otro lado, los estímulos constantes fuerzan a las personas a dejar de responderles y prestar atención solo a un estímulo social o informativo más poderoso.<sup>43</sup>

El efecto más pernicioso, seminal y a largo plazo de la obsesión por la seguridad es el debilitamiento de la confianza mutua y la siembra y el cultivo de la sospecha mutua. Las fronteras se trazan a partir de la falta de confianza y la sospecha las fortifica con prejuicios mutuos y las recicla en las primeras líneas de batalla. Un déficit de confianza conduce inevitablemente a un debilitamiento de la comunicación; al evitarse la comunicación y en ausencia de interés por renovarla, la “extrañeza” de los extraños está condenada a hacerse más profunda y adquirir tonos aún más profundos y siniestros, que a su vez los descalifica aún más radicalmente como

---

<sup>41</sup> Cf. Zygmunt BAUMAN – Leónidas DONSKIS, *La ceguera moral...*, 27.

<sup>42</sup> Cf. Zygmunt BAUMAN – Leónidas DONSKIS, *La ceguera moral...*, 31.

<sup>43</sup> Zygmunt BAUMAN – Leónidas DONSKIS, *La ceguera moral...*, 54.

interlocutores potenciales de un diálogo y en la negociación de un modo de coexistencia mutuamente seguro y agradable.<sup>44</sup>

El efecto principal de la obsesión por la seguridad es el rápido crecimiento del estado de ánimo de la inseguridad, con su cortejo de miedo, ansiedad, hostilidad, agresión y un debilitamiento o silenciamiento de los impulsos morales.<sup>45</sup>

Todo esto no significa que ética y seguridad sean irreconciliables, ni que estén condenadas a permanecer en este estado. Solo señala los abismos que la obsesión por la seguridad ha de superar en el camino hacia una coexistencia (y cooperación) pacífica y mutuamente provechosa de etnias, clases y culturas en nuestro globalizado mundo de diásporas. Aunque con el agudizamiento y el afianzamiento de las diferencias humanas, en prácticamente todos los asentamientos y vecindades, un diálogo respetuoso y abierto entre diásporas es una condición cada vez más importante.<sup>46</sup>

#### 4.2.- *Una mirada a la muerte*

Una de las miradas más edulcoradas en esta sociedad del siglo XXI, ante la que también volvemos el rostro para no encontrarnos con ella y sus consecuencias, es precisamente nuestra mirada hacia la muerte.

La muerte esa cosa tan rara y terrible, como incompresible, pero, sobre todo, tan irremediabilmente personal. Es así como se expresa el filósofo español Fernando Savater, recordando su infancia cuando se hace las preguntas que son necesarias para la

---

<sup>44</sup> Cf. Zygmunt BAUMAN – Leónidas DONSKIS, *La ceguera moral...*, 133.

<sup>45</sup> Cf. Zygmunt BAUMAN – Leónidas DONSKIS, *La ceguera moral...*, 134.

<sup>46</sup> Cf. Zygmunt BAUMAN – Leónidas DONSKIS, *La ceguera moral...*, 134

vida y, descubre que él mismo no iba a tener más remedio que morir.<sup>47</sup> La muerte para él ya no era asunto ajeno, un problema de los otros, ni tampoco una ley natural que le alcanzaría cuando fuese mayor:

Porque también me di cuenta entonces de que cuando llegase mi muerte, seguiría siendo yo, tan yo mismo como ahora que me daba cuenta de ello. Yo había de ser el protagonista de la verdadera muerte, la más auténtica e importante. La muerte de la que todas las demás muertes no serían más que ensayos dolorosos. ¡Mi muerte, la de mi yo! No la muerte de los tú, por queridos que fueran, sino la muerte del único yo que conocía personalmente.<sup>48</sup>

Savater confiesa una certeza: la seguridad de que fue el momento cuando, por fin, empezó a pensar. Es decir, llegó a la comprensión de la diferencia de aprender pensamientos ajenos y tener un pensamiento verdaderamente suyo. Un pensamiento del que no podía subirse o bajarse a voluntad, un pensamiento que le urgía hacia la acción, porque no era posible pasarlo por alto.<sup>49</sup>

Y es que la evidencia de la muerte no solo le deja a uno pensativo, sino que lo vuelve pensador. Por un lado, la conciencia de la muerte nos hace madurar personalmente: todos los niños se creen inmortales y que el mundo gira a su alrededor, salvo en los países o en las familias atroces donde los niños viven amenazados por el exterminio y los ojos infantiles sorprenden por su fatiga mortal, por su anormal veteranía..., pero luego crecemos cuando la idea de la muerte crece dentro de nosotros. Por un lado, la certidumbre personal de la muerte nos humaniza, es decir nos convierte en verdaderos humanos, en mortales.<sup>50</sup>

---

<sup>47</sup> Cf. Fernando SAVATER, *Preguntas de la vida...*, 27-44.

<sup>48</sup> Fernando SAVATER, *Preguntas de la vida...*, 30.

<sup>49</sup> Cf. Fernando SAVATER, *Preguntas de la vida...*, 31.

<sup>50</sup> Fernando SAVATER, *Preguntas de la vida...*, 31.

Siguiendo con la argumentación de Savater, no es mortal quien muere, sino quien está seguro de que va a morir:

Los auténticos vivientes somos solo los mortales, porque sabemos que dejamos de vivir y que eso es precisamente la vida. Algunos dicen que los dioses inmortales existen y otros que no existen, pero nadie dice que estén vivos: solo Cristo se le ha llamado Dios vivo y eso es porque cuentan que se encarnó, se hizo hombre, vivió como nosotros y como nosotros tuvo que morir... Uno empieza a pensar la vida cuando se da por muerto... Es precisamente la certeza de la muerte la que hace la vida –mi vida, única e irrepetible– algo tan mortalmente importante para mí.<sup>51</sup>

Profundizando en su discurso, todas las tareas y empeños de nuestra vida son formas de resistencia ante la muerte, que sabemos que es ineluctable. Es la conciencia de la muerte la que convierte la vida en un asunto muy serio para cada uno, algo que debe de pensarse. Algo misterioso y tremendo, una especie de milagro precioso por el que debemos luchar, a favor del cual tenemos que esforzarnos y reflexionar.

Si la muerte no existiera habría mucho que ver y mucho tiempo para verlo pero muy poco que hacer (casi todo lo hacemos para evitar morir) y nada en qué pensar.<sup>52</sup>

Savater afirma que la muerte es lo más individualizador y a la vez lo más igualitario, y que en ese trance nadie es más ni menos que nadie. Al morir, cada cual es definitivamente él mismo y nadie más. Lo mismo que al nacer traemos al mundo todo lo que nunca había sido, al morir nos llevamos lo que nunca volverá a ser.<sup>53</sup>

---

<sup>51</sup> Fernando SAVATER, *Preguntas de la vida...*, 32.

<sup>52</sup> Fernando SAVATER, *Preguntas de la vida...*, 32-33.

<sup>53</sup> Cf. Fernando SAVATER, *Preguntas de la vida...*, 35

Pensándolo bien, siempre estamos a la misma distancia de la muerte. La diferencia importante no reside en estar sano o enfermo, seguro o en peligro, sino entre estar vivo o muerto, es decir entre estar o no estar.<sup>54</sup>

Savater parte de la premisa que lo único que contemplamos de un difunto es que está muerto, sin embargo, desconocemos qué es morir visto desde dentro. Cree saber más o menos lo que es morir visto desde fuera en cualquier otro individuo, pero no lo que es morir en primera persona.

En su ensayo hace una referencia a la religión cristiana, que promete una vida más feliz y luminosa que la vida terrenal para quienes hayan cumplido los preceptos de la divinidad. La vida, en el único sentido de la palabra que conocemos, está hecha de cambios, de oscilaciones entre lo mejor y lo peor, de imprevistos. Una eterna bienaventuranza o una eterna condena, son formas inacabables de congelación en el mismo gesto, pero no las modalidades de vida.<sup>55</sup>

#### 4.3.- *La muerte: una mirada de terror*

El miedo a la muerte es algo que crea la sociedad y que, al mismo tiempo, utiliza contra la persona para mantenerla sometida. Se entiende fácilmente que quienes han pasado experiencias tempranas tengan una fijación más insana sobre la ansiedad por la muerte y, si, por casualidad, llegan a ser filósofos convierten esta idea en la máxima central de su vida.<sup>56</sup>

---

<sup>54</sup> Fernando SAVATER, *Preguntas de la vida...*, 36

<sup>55</sup> Cf. Fernando SAVATER, *Preguntas de la vida...*, 36.

<sup>56</sup> Cf. Ernest BECKER, *La negación de la muerte...*, 45.

Mucha gente admitiría que esas experiencias tempranas de la muerte pueden intensificar la ansiedad natural y los miedos posteriores, aunque también admitirían que, a pesar de todo, el miedo a la muerte es natural y se encuentra en cada uno de nosotros, que es el miedo básico que influye sobre los restantes, un miedo al que nadie es inmune, sea cual sea su disfraz.<sup>57</sup>

Sin embargo, el miedo puede llegar a ser patológico, aunque sea un instinto de conservación. Nadie quiere perder a un ser querido. La tendencia a negar la muerte, como un paso natural de nuestra evolución, nos provoca terror cuando se hace presente.

## 5.- LA ESCATOLOGÍA: UNA MIRADA A LA ESPERANZA

El cristianismo afirma saber cosas bastantes concretas sobre el mañana del hombre, de la historia y del cosmos. Quizás resida en eso todo el meollo de su mensaje que es evangelio y buena noticia para todos: la vida vence sobre la muerte, el sentido triunfa sobre el absurdo, donde abundó el pecado sobreabunda la gracia; el hombre no se encamina hacia una catástrofe biológica de la muerte, sino a una realización plena del cuerpo-espíritu. El mundo no marcha hacia un fin dramático, en una conflagración cósmica, sino a una consecución de su meta y hacia la floración global de las semillas que germinan ya en él.<sup>58</sup>

La historia es vivida y reflexionada, así es como podremos descubrir el futuro de la vida. En el hombre y en el mundo no existe solo el pasado y el presente, somos lo que somos gracias a ellos, pero la vida también se puede ver desde la posibilidad de ser. El futuro es proyecto, prospectiva, tensión hacia el mañana.

---

<sup>57</sup> Cf. Ernest BECKER, *La negación de la muerte...*, 46.

<sup>58</sup> Cf. Leonardo BOFF, *Hablemos de la otra vida...*, 15-16.

Antes de que el pasado se convirtiera en pasado, antes ya era futuro. El pasado de hoy está formado por el futuro de ayer.<sup>59</sup>

La escatología es una reflexión de la esperanza cristiana. Decir esperanza es decir presente pero también futuro. Es gozar de un ya presente en la expectativa de que se revele plenamente porque todavía no se ha comunicado la totalidad. Dios mismo es el Dios de la esperanza. Él se revela siempre como el que libera al hombre de las ligaduras del pasado, para que cada uno se haga libre hacia su futuro.<sup>60</sup>

Benedicto XVI, en la encíclica *Spe salvi*, en su n° 1, nos introduce con estas palabras a la esperanza:

En esperanza fuimos salvados, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros (Rm 8,24). Según la fe cristiana, la “redención”, la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino.

Siguiendo las enseñanzas del teólogo Martín Gelabert sobre la virtud de la esperanza, la historia del pueblo de Israel aparece como una encarnación de dicha virtud. Israel nace de una llamada y, antes de que se constituya en pueblo, se le asigna una finalidad. Es el único pueblo cuya razón de ser reside en el porvenir. Es el pueblo de la promesa (Gn 12, 2; 15, 5). Por su parte el Nuevo Testamento, define el Evangelio como plenitud (Ga 4, 4) y cumplimiento (Rm 9, 4). Este cumplimiento no es la culminación de la promesa, pues también los creyentes del N.T. viven de la promesa.

---

<sup>59</sup> Cf. Leonardo BOFF, *Hablemos de la otra vida...*, 16-17.

<sup>60</sup> Cf. Leonardo BOFF, *Hablemos de la otra vida...*, 149-150.

El Evangelio de la revelación de Dios en Cristo corre peligro si no se tiene en cuenta en él la dimensión de la promesa.<sup>61</sup>

La promesa y la esperanza como correlato que la acoge es, pues, lo característico de la manifestación de Dios. Heb 11, que sintetiza toda la historia de la salvación alrededor de la fe y la esperanza, subraya fuertemente este carácter de inacabamiento de las promesas en que vivían los antiguos y la realización que caracteriza al régimen evangélico de la esperanza. Los creyentes del Nuevo Testamento siguen bajo el régimen de la esperanza, pero se trata de una esperanza mejor. La excelencia de la esperanza encuentra su verdadera razón en “Cristo Jesús nuestra esperanza”. Él es en sí todas las promesas de Dios. Por eso es posible “mantener firme la confesión de la esperanza” (Heb 10, 23).<sup>62</sup>

Se comprende así que toda la vida del cristiano es una vida en esperanza. Ella es su razón de ser. El gran resorte de todos sus afanes y actividades. La esperanza es la fuente, el motor y el dinamismo de toda la vida cristiana. Sin ella la fe se transforma en fe muerta, y el amor se ve expuesto al fracaso. La fe en Cristo nos muestra la senda de la verdadera vida.<sup>63</sup>

La esperanza es un aspecto global que ilumina toda la existencia cristiana, como fuente de dinamismo y de sentido. La esperanza cristiana aviva la preocupación de perfeccionar este mundo.

No cabe duda de que la teología de la esperanza debe hoy construirse con las aspiraciones actuales, con las ideologías, utopías y proyectos de futuro y de planificación. Y también, y quizás hoy más que nunca,

---

<sup>61</sup> Cf. Martín GELABERT, *Para encontrar a Dios...*, 161-162.

<sup>62</sup> Cf. Martín GELABERT, *Para encontrar a Dios...*, 162.

<sup>63</sup> Cf. Martín GELABERT, *Para encontrar a Dios...*, 162.

en diálogo con muchas situaciones de desesperanza presentes en nuestro mundo.<sup>64</sup>

Creyentes y no creyentes deben reconocer los límites de la existencia y la imposibilidad de superarlos. Estos límites se manifiestan de forma dramática ante la realidad de la muerte, que a todos aguarda y a todos llega. Es la única llegada segura e inefable, que desgraciadamente se anticipa para muchas personas en demasiadas fases: dolor, enfermedad, opresión, sin sentido... Los límites de la vida y la inexorable realidad de la muerte pueden recibir diferentes respuestas: algunos los consideran un absurdo, otros la afrontan con resignación, los creyentes lo viven con esperanza. Pero en todo caso, nadie lo vive con alegría, nadie lo desea. El dolor, el mal y la muerte, se presentan siempre como un ataque, como lo que no debe ser, lo que no se desea.<sup>65</sup>

Es posible concebir teológicamente de manera distinta el cambio realizado en la muerte misma del hombre por parte de Cristo. Ésta deja de ser corrupción y símbolo tangible del pecado para convertirse en paso a la vida, en signo doloroso de salvación a través del cual se realiza una transformación del hombre entero. Cristo ha dado sentido al sin sentido de la muerte humana. El triunfo de la vida no es ya una realidad por venir, más allá de la oscuridad de la muerte, en la que el hombre estaría apresado en la espera de una futura resurrección, como en la esperanza antigua. Liberando a la muerte, ésta se ha convertido en sí misma, en signo y en paso a una vida totalmente nueva en Cristo, el cual conoció la muerte en toda su profundidad humana, pero penetrando en ella salió vencedor de dicha realidad.<sup>66</sup>

---

<sup>64</sup> Martín GELABERT, *Para encontrar a Dios...*, 163.

<sup>65</sup> Cf. Martín GELABERT, *Para encontrar a Dios...*, 165.

<sup>66</sup> Cf. Marcelo BORDONI – Nicola CIONA, *Jesús nuestra esperanza...*, 250-251.

El credo cristiano confiesa que Dios se hace garante del triunfo de la vida y de la justicia. La resurrección es el símbolo de la plenitud de todos los valores que ya fragmentariamente han llenado de sentido la vida mortal de los seres humanos: el amor, la verdad, la belleza, la justicia, la felicidad, la libertad. La fe cristiana alarga esta esperanza hasta abrazar a toda la creación.<sup>67</sup>

## CONCLUSIÓN

Los otros son un espejo que pueden reflejar nuestra identidad, pero no dependemos de ellos para configurar nuestro espacio vital, nuestra voluntad, nuestra fe, nuestro modo de vida, nuestra libertad. Es Dios, el que predica Jesucristo, quien nos configura en nueva humanidad en un proyecto de salvación. Elevar la mirada más allá de los otros, de los sentimientos y actitudes que determinan nuestras relaciones, es también comprender que el otro no es mi enemigo del que tengo que desconfiar y prevenir.

La búsqueda del sentido de la vida y de perfectibilidad se puede estar viviendo desde un sentimiento de angustia, enfocando la totalidad de la vida desde el absurdo. Elevar la mirada significa reconocer que la fe es la respuesta libre al requerimiento del amor de Dios. Dios nos amó primero y espera una respuesta libre de adhesión a él.

Muchos de los elementos que configuran nuestra existencia irrumpen en nuestra vida, nos atemorizan y, por ende, caemos en una inercia irracional; así el miedo se apodera de nosotros, cuestionamos las evidencias de nuestra evolución, negamos a Dios, y vemos con indiferencia el sufrimiento del prójimo. No nos cuestionan las injusticias, ni tampoco la desaparición de un ser querido, huimos del dolor por mucho que nos haga pensar.

---

<sup>67</sup> Cf. Felicísimo MARTÍNEZ DÍEZ, *Humanos, sencillamente...*, 326.

La fe en Jesucristo, su actitud de misericordia y compasión, la esperanza en la que centramos nuestra mirada nos conduce a comprender que la muerte es propia del ciclo vital de la existencia del hombre. Las distintas formas de morir en que se nos presenta la muerte han de ser un impulso para nuestra fe. Nadie quiere la muerte, ni nadie se alegra de ella, pero nuestra mirada se depura cuando comprendemos que lo que nos espera es una vida más plena junto a Dios.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUIRRE GARCÍA, Juan Carlos, “El infierno son los otros; aproximaciones a la cuestión del otro en Sartre y Levinás, *Alpha* 37 (2013), 225-236.
- BAUMAN, Zygmunt – DONSKIS, Leónidas, *La ceguera moral: la pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*, Paidós, Barcelona 2015.
- BECKER, Ernest, *La negación de la muerte*, Kairós, Barcelona 2003.
- BENEDICTO XVI, “*Spe salvi*”, A.A.S., XCIX, 12 (2007), 985-1027.
- BOFF, Leonardo, *Hablemos de la otra vida*, Sal Terrae, Santander 2011.
- BORDONI, Marcelo – CIONA, Nicola, *Jesús nuestra esperanza. Ensayo de escatología en perspectiva trinitaria*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2002.
- BORTONI, José, *Conocer y rezar los salmos. Comentario popular para nuestros días*, San Pablo, Madrid 2002.
- CAÑETE OLMEDO, Juan Jesús, *¿Dios? En el ágora del siglo XX*, PPC, Madrid 2022.
- FRANCISCO, *Nadie puede salvarse solo*, [<https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/peace/documents/20221208-messaggio56giornatamondialepace2023.html>]

GELABERT, Martín, *Para encontrar a Dios*, San Esteban-Edibesa, Salamanca-Madrid, 2002.

LLOYD SMITH, Adrew, “La mirada sartriana: poder y otredad en L’Etre et le Néant, La Nausée y Huis clos”, *Letras* 55 (2014), 113-128.

MARTÍNEZ DÍEZ, Felicísimo, *Humanos, sencillamente humanos. Desafíos del transhumanismo*, San Pablo, Madrid 2021.

MARTÍNEZ PUCHE, José Antonio (ed.), *Misal Dominicano II. Ferial y Santoral, Prefacio IV*, Edibesa, Madrid 1993.

PIKAZA, Xabier – PAGOLA, José Antonio, *Entrañable Dios. Las obras de la misericordia: hacia una cultura de la compasión*, Verbo Divino, Madrid 2017 (3ª Reimpresión).

SAN AGUSTÍN, *Confesiones* XIII, 9, Palabra, Madrid 2011.

SAVATER, Fernando, *Preguntas de la vida*, Ariel, Barcelona 2005.